

Almaida responde:

—Sois muy bueno, señor de Astin... Yo bien quisiera, pero no puedo. Mi tío, aunque me ve poco, no puede sufrir que me ausente de las Aldudes para hacer visitas... Hoy, el permiso es excepcional... Gracias, señor de Astin, gracias...

—¡Bueno, hija mía!—replica el caballero medio en broma, medio entristecido,—ofrezco á vuestro tío la encina más hermosa de mis bosques para su ataud!

Dice esto en pie, encorvado sobre su bastón, con una mueca burlona al modo del señor de Voltaire. Pero una gran bondad se filtra de sus ojos, aunque parezca divertirle el azoramiento que produce á la muchacha que se ruboriza. La contempla con el escepticismo indulgente de un anciano digno, que guarda el culto de la hermosura, pero que tiene una sonrisa de temor enternecido para las ilusiones juveniles.



IV

ALGUNOS días después de la boda de Leonor, cuando Almaida de Etremont se dirige hacia el rio que riega el bosque de las Aldudes, encuéntrase, no lejos de la orilla, en un espeso matorral, con Guillermin, que toca la flauta.

Se detiene y le sonríe:

—¿Es muy difícil silbar así?

Coge el triángulo de boj y con sus labios ardientes roza el borde.

—No, así no, señorita. Hay que hacer deslizarse la flauta de izquierda á derecha y luego de derecha á izquierda, y soplar junto á los doce agujeros.

La tarde tiembla dulcemente al recuerdo de un chaparrón que pasa

ante el sol. Nubes espesas y blancas huyen sobre el azul límpido y neto. El agua verde, sobre la que se alargan en círculos de luz las lágrimas de los alisos azules, se turba un poco en ciertos lugares, en los que suben del fondo burbujas para romperse en el aire.

—Ven, acerquémonos al río—le dice Almaida.—Sentémonos allí, ¿quieres?

El niño se coloca á los pies de Almaida y volviéndose á llevar á los labios el caramillo, hincha los carrillos sobre el boj hueco que resuena.

—¿Quién era aquella cabrera tan bonita con quién bailabas el otro día?... La que tenía zuecos brillantes y medias moradas.

—Es mi amiguita, señorita.

—¿Cómo, tu amiguita?

—Mi novia, señorita.

Almaida se ruboriza y pregunta:

—¿Se llama?

—Mailys.

—¿Sóis prometidos?

—¡Oh, prometidos!... Somos demasiado jóvenes...

Luego, malicioso:

—Nos distraemos en el monte.

—¿Con qué os distraéis?

—Con el amor, señorita.

Almaida se ruboriza y calla un instante, luego:

—¿Cómo os las arregláis, en el amor?

... Y, al hacer la pregunta le late el corazón, le zumban los oídos. No sabe si se arrepiente de haber hablado. Extiende el brazo y á través de la muselina de la manga siente la mejilla abrasadora del pastorcillo. Un instante largo, permanecen así, mudos, inmóviles, aturridos por su deseo vacilante y por el perfume violento que se levanta de las mentas rojas.

... A la verdad, ¡cómo ha de ser! se dice. Es bueno ser así...

Pero como atrae hacia sí, cada vez más, insensiblemente, casi sin querer, la cabeza del adolescente, este se iza un poco á la manera de los cabritillos cuando mordisquean los setos y coge una boca más dulce y tibia que un fruto cuya pulpa se funde.

Solo entonces la muchacha se pone en pie, y sin decir palabra, se va.

Desde aquel día se encuentran y

se aman. Los tibios reverdecimientos de fin de agosto cobijan sus caricias nosospechadas pornadie, niturbadas nunca. Se enlazan, nacidos por la risa de las aguas corrientes, y por el ruido regular que hacen al pacer las cabras nudosas. A veces buscan los brezos. ¡Qué alegría, el uno en los brazos del otro, hundirse entre los racimos de brasas! ¡Qué voluptuoso anonadamiento saborean cuando, fundido el aire de los senderos por los hornos de prima tarde, las lágrimas espaciadas de una tormenta, vienen de pronto á crepitar sobre el follaje! ¡Oh! los lentos retornos entre las viñas altas, cuando el tordo piador llama en vano á las uvas desaparecidas; y los altos bajo la higuera cuando, á punto de sucumbir á tanta embriaguez dorada, Almáida no puede sino pestañear gimiendo.

Pronto llega el otoño, y á la montaña se van á esconder sus amores.

La pasión de Almáida crece, á medida que va perdiendo ignorancia entre los brazos del faunito. Se entrega sin reserva, sin temor, sin pesares, sin remordimientos. Halla en la quemadura refrescante de los

besos el sabor picante de un fruto rojo que se le fundiera por todos los miembros. Llena con el recuerdo de sus abrazos el parque, antes tan fúnebre. El clamor de los pavos reales ya no entristece las umbrias, sino que estalla al sol, deslumbrador y regocijado. El genio intranquilo de su tío, tanto como las noticias que recibe de Leonor, dejan á Almáida indiferente, casi burlona. Y ya son horas de deseo y de espera las que indica en el cuadrante solar la sombra aguda de los hermosos soles maduros.

Los dos suben por los senderos pedregosos y llegan á las majadas desiertas. Las hayas no pierden aun sus hojas que son bermejas como las virutas de cobre retorcidas por el fuego. La blandura del silencio azul, siempre nocturno, de los abetos, acaricia su pestañear y se distraen con el vuelo de las perdices blancas que despierta y hace temblar el vacío.

Nadie se asombra en la aldea, al verlos salir, casi todos los días, juntos. Sabido es el gusto de Almáida por tales paseos, de los que trae ramas floridas. Nada tiene de extraño

que lleve un guía: hay peligro en vagar solo por la montaña.

¡Oh cascadas que parecéis inmóviles en vuestra rápida caída! ¡Celajes de púrpura dorada! ¡Aves de rapiña que os sumergis en los abismos en donde el ruido duerme! ¡Cavernas ahondadas por el liquido zafir de las aguas vírgenes: ved pasar á dos amables niños!

Tan pronto los dafnes sombríos los invitan á tenderse, como una alfombra de césped, de más verdor que el valle, en donde se morian de amor los pastores de Cervantes, los acoge y llena de languidez.

Almaida de Etremont, para estas correrías alpestres, ha querido vestir el capuleto y el chal ossaleses. Ella misma ha bordado los acónitos, adormideras y cólquicos otoñales sobre la seda sonora y luciente que abulta su pecho. Y Guillermin la quiere así más, porque ya no le parece la señorita de las Aldudes, sino la hermana de las cabreras abandonadas por él, que en la deslumbradora blancura de los ponientes, recogen la sombra harmoniosa de los rebaños.

¡Qué gozo, el de ver disipada por fin la tristeza de Almaida! ¡Oh, qué repulsiva existencia, la que arrastró hasta entonces! Ahora huyen las náuseas de la vida pasada, el dolor acre y monótono que le henchía el alma de repugnancia, la iniquidad de no ser amada por nadie, ella, que sentía desbordársele el corazón de amargura y de celos sofocantes cuando, en los techos de las alquerías, se arrullaban los pichones juntando sus alas.

La muerte, hubiera preferido la muerte á volver atrás; la muerte que antiguamente deseó, cuando, por la ventana abierta á la noche, oía, desde su cama, sonar y morir el viento tempestuoso en las hojas de la higuera espesa, y cuando no entreveía nada más allá de su gemido.

—¿Me quieres? Dí que me quieres, Guillermin, pregunta.

Y los ojos de urraca, del adolescente, brillan sobre los de la muchacha sin responderle más que con caricias que ella va contando. Luego cierra los párpados al peso del deseo, como un silvano bajo un enjambre de abejas, y se embriaga

UNIVERSITÄT DE BRNO
BIBLIOTEKA UNIVERZITÁRNÍ
"ALFONSO REYES"
1. ed. 1923 BRNO, BRNO

al perfume de aquella flor de los bosques.

—¿En dónde estuviste ayer? Ayer no te vi. Dime, ¿en dónde estabas? Quiero saber dónde estabas.

—Ayer llevé unos excursionistas á Cinco Picos.

—No es verdad. Apuesto á que fuiste á buscar á la cabrerita... Estuviste con Mailys. Vete. No te quiero.

—No estuve con ella. Estuve en Cinco Picos.

—Mientes. Dame un beso.

Y Almaida deja que juegue sobre ella aquella ardilla del monte. No tiene reserva ninguna para él. La acusaban, con razón, en el convento, de mostrarse demasiado orgullosa de su estirpe, y entrega á los besos del pastorcillo el óvalo impasible y perfecto de sus mejillas, que hace pensar en el desdén tranquilo, en la gravedad sensual de una sombría María Antonieta.

¡Qué poco siente ahora el no haberse casado! ¿Cómo puede ser que, hace unos días apenas, soñara con una existencia parecida á la de Leonor de Landelaye? ¿Qué le importa,

ahora, á Almaida, que su amiga se haya ido á España del brazo de un marido desmedrado y pálido? Todos los países ardientes están en el corazón de Almaida y todos sus vinos, y todas sus granadas, y todos sus amores, y todos sus cantares. ¡Ah! ciento y mil veces prefiere, al caballero más cumplido, este cabritillo negro del valle que la acaricia con su boca reluciente.

Se aman. La estación huye. Tras el negro estío y el otoño sangriento, el invierno llega. Y, llegado el invierno, es una voluptuosidad para Almaida el recordar los bosques azules que empezaron á cobijar sus amores, los arroyos que hubiera amado la paloma de La Fontaine, las libélulas sobre el arroyo glauco de las Aldudes, el ronquido de las trilladoras acompañado por el arrullo de las tórtolas y los silencios de los besos. Evoca también las majadas de septiembre cerradas al fuego blanco del mediodía, la penetración de las caricias, el cántaro abultado y rojo en que bebían el agua que se escarchaba en el barro poroso.



V

AHORA, es febrero, y hoy, Guillermin, tiene que acompañar al pico á tres excursionistas que llegaron á la posada, anoche.

Antes de ir á buscarlos, y aunque es muy de madrugada, se ha deslizado en el parque de la quinta hasta llegar bajo las ventanas de Almaida. Ella ha entreabierto la del sur. Y él, ayudándose de las ramas de la higuera, ha subido hasta ella y ha entrado en el cuarto.

—¡Pst! Anda despacio... Te agradezco que hayas venido. Te esperaba hace una hora. ¿Tienes frío? Mira... Aquí se está bien...

Se oye el rechinar de la veleta del palomar.

—... Tendréis viento.

—A pesar de todo, quieren ir.

—¿Cuántos son?

—Tres.

—¿Qué hora es ya? ¿Las tres?

—Las tres y media.

—Ten juicio. Es preciso que te vayas... ¿Oyes, en los laureles?... ¿No habrá avalanchada?

—No.

—Así...

—Sí...

—Adíos...

Está delante de la iglesia. Dan las cuatro, con un timbre ronco, suave y rajado, que temblequea y llora.

Los excursionistas llegan.

Guillermín se pone á la cabeza. Anda con paso igual y lento, apoyándose algo, para la subida, en el bastón de montaña, pero dejando vacilar el pie un segundo en el sendero rocalloso para asegurarse del equilibrio de las piedras.

Suben las primeras pendientes, vadean los torrentes que saltan. Las aguas mugientes rompen su espuma fría en las rocas, giran, vuelven

sobre sí mismas, corren un momento con lentitud entre dos guijas, saltan de nuevo y se desparraman granizando.

Guillermín advierte:

—Habrá tormenta en el pico.

Luego vuelve á su aire pensativo, á su ensueño mecido, de segundo en segundo, por el choque regular de las picas sobre el granito. Piensa en la muchacha que ha dejado hace poco y se estremece al ver que conserva tanto tiempo en el hueco de su hombro la caricia que anidó en él, un momento antes, el hombro suave y redondo de Almáida. Dice para sí: Los señores que están conmigo no tienen de seguro una amiga tan bonita... Y se representa la boca fina de Almáida, la nariz movible y delgada, arqueada, la languidez de los ojos, la tibieza elástica del pecho, la gracia mate de las piernas bajo la muselina.

En el horizonte, el relieve de las montañas se acusa violentamente de pronto. Aquí y allá, traspasando la bruma, aparecen, como venas del cielo, las aristas de azur sombrío, surcadas por hilillos de nieve. A me-

dida que se sube y se cambia de posición, parece que los picos elevados los unos sobre los otros, se trasladan, que sus crestas se renuevan.

Se hunden en la noche negra de los abetos. Se oye siempre á los bastones oblicuos tantear el suelo rocoso por el lado en donde no está el abismo. Esta es la primera superficie nevada... ¡Cuidado!

Guillermín va á señalar el camino. Vacila, hunde luego resueltamente sus pasos en la nieve, cuyo nivel llega hasta sus rodillas. Los agujeros así formados, en los que cada excursionista pone los pies á su vez, tienen el resplandor verdoso de un río profundo.

—¿Véis allá lejos?

—Sí. Nieva...

—Sí, y una tempestad de viento...

¡Guarda! Echémonos.

... Este granizo quema la cara y las manos. Parecen chispas.

... ¡Hombre!... una marta, allá lejos... ¿Véis aquella marta?

—No moverse.

Permanecen inmóviles, rostro en tierra, agarrados de sus bastones,

temerosos de que la ráfaga se los lleve.

Al cabo, vuelven á marchar. Ya no hay, hasta el confin del cielo más que una sola é inmensa curva amarilla ó blanca sobre la que nada existe, ni un movimiento, ni un ruido. Parece que el vuelo de una mosca, tan mortal es la soledad, bastaría para hacer el horizonte. No se puede, por lo fuerte del huracán, llegar á la cumbre del pico. Hay que bajar.

Los deslices empiezan. Guillermín se sienta el primero en la pendiente de la nieve y se abandona, moderando á veces con el bastón la velocidad vertiginosa. Todos le siguen riendo, levantando el lomo por montones de nieve en forma de bola, sintiendo en esta especie de vuelo casi horizontal la sensación del durmiente que sueña que se cierne, tendido sobre la espalda.

Pronto van á dejar lo nevado y á encontrarse otra vez en seguro. Ya, allá lejos, se distinguen las majadas en donde se podrá almorzar. Guillermín piensa en lo bien que se estaría en ellas con Almailda... Pero las

montañas están ahora demasiado *malas*. Con el buen tiempo, podrán ir allá. El extenderá helechos frescos en tierra... Traerán las dos cabras. Se reirán intentando ordeñar la leche azul en su sombrero de juncos, como el año pasado... Qué guapa estaba, el domingo, al volver de las visperas... Es buena... Todas las chicas de la aldea la ofrecen campanillas de las nieves, grandes ramos de campanillas de las nieves. Lo que á ratos le pone triste á Guillermin es que ella parece olvidarse de él por un manojo de flores. En verano, él le llevará cardos azules.

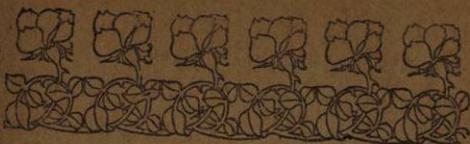
—Escuchad...

—¿Qué?

—¿Dónde está el guía?

—Allí estaba... Ya no lo veo...

Al día siguiente, por la tarde, sacaron de una cortadura el cadáver de Guillermin. De bajo la boina manaba un hilillo de sangre que le manchaba el pecho, como á un petirrojo.



VI

CUANDO el jardinero de la quinta hace saber á Almáida la muerte de Guillermin, ella no da ninguna señal de emoción, tan terrible es el choque interno. Dice:

—¡Ah! que desgracia...

Y busca, para sentarse, el banco que está cerca del cuadrante solar. No ve claro. El sauce llorón empieza á dar vueltas. Le parece que cuenta números, que tiene un mal sueño del que quiere despertar, pero que sigue...

Almáida se encuentra mal. No siente el cabezazo que da contra el respaldo del banco. Se desmaya y

no se reanima hasta después de un cuarto de hora largo.

Todo lo soporta con valor: La visita á los afligidos, la vista de Guillermin muerto. La madre está sentada impasible junto á la cama en donde reposa el niño, afilada la nariz, blanco con esa blancura azul que tiene solo, al declinar de los días de invierno, la nieve de las cumbres no alcanzada todavía por la marea de la sombra.

En el umbral de la cocina, convertida en cámara mortuoria, cloquea una gallina, temerosa, con una pata en el aire, hácia sus pollitos dispersos. La llama del cirio tiembla, rojea, hila y ahuma sobre el crucifijo y el plato de agua bendita en el que se sumerge un laurel negro. En la pared están colgados un zurrón y una cantimplora. Un gatito, junto al hogar extinto, se atusa delicadamente. Una aldeana vieja con capuchón negro reza, tose y se marcha. Lindas muchachas del valle se arrodillan un momento no más asombradas por algo incomprensible: la inmovilidad de aquel chico cuya flexibilidad acaso las sorprendió un día.

Almaida de Etremont se prosterna. Dice para sí:

—Llevaba esa boina castaña y ese traje, los días que bailaba con las cabreras.

Intenta rezar, pero no puede. Su pensamiento continúa:

... Con las cabreras... que bailaba con las cabreras... Tenía ese mismo mechón de pelo, la vez aquella que me encontró... cuando una rama me había arañado la frente. Los animales se habían escapado. Creo que es la más negra, la que bala... Es hora de que me vaya de aquí. ¡Oh! ¡cuánto sufrí!...

Se pone en pie.

—Qué buena es, al haber venido, la señorita. La quería tanto... Mire: han encontrado su bastón... Tenía sangre en el pico...

Almaida permanece insensible y pregunta:

—¿A qué hora es el entierro, mañana?

—A las nueve, señorita.

—Pediréis en la quinta todo lo que os haga falta.

Vuelve, se acuesta sin cenar y se sumerge en sus tristes imaginacio-

nes. Rememora aquél idilio de cinco meses. Se olvida á cada instante, tan recientes están sus recuerdos, de la muerte de Guillermin. Le ocurre, en varias ocasiones, decir para sí:

... Pasado mañana le iré á buscar al vado de los sauces; ahora las alamedas están secas; las hojas ya no nos esconden, habrá que tener cuidado...

Luego piensa:

—¿Nada me impide que le vaya á buscar?...

Y, aun antes de que se haya formulado la respuesta, de que Guillermin se ha caído á un precipicio, y que ahora es semejante á la nieve muerta y azul, surge otra objeción que está á punto de desechar... ¿Pero cómo no haber pensado en ello hace dos meses?...

... Y, de repente, una oleada de sangre le quema el rostro; ahoga un grito de vergüenza...

No concurre, al día siguiente, al entierro del pastorcillo, y durante los que vienen después, permanece inmovilizada por la consternación. ¡En cinta! Está en cinta...

¿Qué hacer? ¡Pobre Almaida! Su belleza va á madurar como un fruto, fruto de pasión en donde se encerrarían todas las promesas de los días hermosos. A pesar del luto y de la angustia, una poderosa vida tomada de este suelo va á empujar al corazón de Almaida su savia ardiente.

Pasan días. Mejora. No es que huya de ella la inquietud mortal, pero la energía rabiosa que se cobija en ella crece á medida que el instinto maternal se define. Es demasiado mujer para no prevenirse á la defensa, y la primera defensa es el cuidado que se toma para ocultar su estado. Lo acepta en el fondo de su sér con una especie de resignación agria, sombría y apasionada. Pero esta pecadora violenta se adhiera á su fruto lo mismo que una flor. Y nunca, en esta naturaleza sana y hermosa, surgiría la idea de que por los montes se pueden encontrar malas hechiceras que, en las laderas de los barrancos estériles cogen azucenas negras cuyo perfume mata á las criaturas que van á nacer.



VII

Así transcurren dos meses y sobreviene un luto nuevo que no afecta gran cosa á Almaida: la muerte de su tío, herido por una congestión y encontrado, una mañana, exánime en su lecho.

Como en sueños, turbada por sus terribles zozobras, Almaida asiste á sus funerales sin cuidarse de los importunos que, con su curiosidad, vienen á calcular la ruina próxima de la quinta de los Aldudes. ¿Qué debe hacer, sola en el mundo?...

Leonor de Landelaye se acerca á ella después de la ceremonia:

—Querida Almaida—le dice—¡qué lástima me das! No creas que no

pensamos en tí con frecuencia... Has sido muy simpática á Renato: se ha ocupado de tí... Ya sé lo delicado que es, en estas circunstancias, hablar de estas cosas... Pero la ocasión es única y pudiera no volverse á presentar... Sola estás en el mundo, sin un brazo en que apoyarte...

Almaida empieza á adivinar lo que su amiga va á aconsejarle. Le parece que se le cuaja en el pecho una oleada de sangre y la ahoga. Pero, más que pesar, lo que siente es irritación sorda.

—No... déjame, déjame—dice.

—No, querida Almaida—prosigue Leonor—no callaré. Sin duda la pena te hace hablar así. Pero escucha...

—¡No! ¡cállate!

—Sí, óyeme; lo quiero... Renato me ha dicho que insista... Ya conoces al señor de Soulère... Te acompañó cuando me casé... El señor de Soulère es libre... Es rico... Te quiere...

Almaida no contesta á su amiga más que con una carcajada dolorosa. En pocos segundos, como el que se ahoga, según dicen, ve numerosas imágenes. Evoca el hombre fastidio-

so que le proponen, un ademán suyo, una inflexión, que la molestaron el día de la boda de Leonor. ¡Ah! á ese hombre, casi sin conocerle, le odia... Le odia con todas sus fuerzas, con odio inmotivado y encantador de muchacha... Luego, de pronto, en sus ojos dilatados por el delirio, refléjase la montaña á la vez que el latir de sus arterias le llena los oídos de un rumor de cascada... Luego, cree ver á Guillermin, empinado como un cabritillo flaco, á la orilla de un precipicio. Va á resbalar sobre la hierba que está blanca... Se cae. Se ha caído. Está muerto. Está en su cama con una boina castaña sobre los ojos. ¡Oh! ¡Qué calor el de sus besos!

Exclama:

—No... te lo suplico... Véte... Te lo suplico... Véte... Déjame en paz...

El señor de Astin se le acerca:

—Querida Leonor, ¿queréis dejarnos sólo un momento?...

... Hija mía, dice á Almaida, cuanto sufrís, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡oh! si... sufro...

—Hija mía, necesitáis mucho descanso... Os lo ruego, confiad en mí.

Viviréis algún tiempo en mi quinta... Estaremos solos y nada os inquietará... No sé por qué, querida mía, pienso que habla en mí la voluntad de vuestros queridos padres. ¿Queréis, decídmelo, queréis venir?

—Sí, contesta en voz baja.

—Bueno, es necesario que salgáis de estos parajes desde esta noche. Enviaré á mi intendente á vigilar para que nada falte. Descansad un momento en vuestro cuarto. Nos iremos dentro de dos horas. Mi carruaje está ahí. Mandaremos á buscar, un día de estos, lo que no necesitéis inmediatamente.

Almaida de Etreumont se ha instalado en casa del señor de Astin. Tantos acontecimientos han abolido á veces en ella la precisión de un pensamiento, hasta hacer que, en algunos instantes, se olvide de su estado. Le sucede—¡cosa singular!—que puede, gracias á tales ausencias, saborear á veces el encanto de la primavera que empieza á adornar la antigua posesión.

Hay en ella como un estremecimiento de fuente entre hierbas. En-

tonces se dice: Cálmate; no hay nada que te inquiete...

Pero sale pronto de aquel ensueño y la realidad la hiere entonces como una espada, de la que se figura sentir la penetración fría, allí, se dice, en donde debe estar la punta del corazón. El perfume de las lilas le hace daño hasta producirle náuseas. Todo aroma se exagera en ella.

El señor de Astin la deja sola todo lo que quiere. Almaida se pasea por el césped, acariciando con ternura infinita el cráneo chato del perro viejo que la sigue. Le habla: ¡Oh! tú sí que eres bueno... Si supieras...

Y siente crecer su dolor, por segundos, como una espina.

El estado de la muchacha no deja de inquietar al señor de Astin, que conoce—¡ay!—el atavismo paterno de ella y recuerda el misticismo en que naufragaron muchos de los de Alcaráz.

—Algunas veces intenta distraer á Almaida. Le hace recorrer la antigua mansión, enmarañada como una novela de aventuras. Reina en ella el perfume de otro mundo. Al contemplar los objetos traídos de la

China, se piensa en Simbad, el Marino. En el salón hay una silla de manos, en la que está sentada una gran muñeca del Celeste Imperio que, de la mano, asomada á la portezuela, deja colgar un malvabisco rojo. Acercándose, es de admirar el vestido azul del precioso maniquí, cuya cabeza, apoyada atrás, ofrece, como una rosa eterna, la sonrisa un poco desdeñosa de la boca.

Aquí y allá se ven muebles raros, sillas incrustadas de nácar, ó sillones revestidos de telas tan leves que á través de ellas se distinguen las petunias de color de carne que se abren en los respaldos. Las patas de uno de estos sillones descansan en unas babuchas tan pequeñas, tan bonitas, que hacen pensar en Cenicienta. Y en las paredes, se ven pinturas alegres, pulidas como porcelanas, en las cuales unas princesas Mongólicas compran flores ó las regatean con ligeros ademanes recatados.

Una noche que Almaida está más sombría que de ordinario, y que el señor de Astin se da cuenta de que no puede luchar con tan enigmática

tristeza, imposible de atribuir á la muerte de un tío egoísta y huraño, pregunta á la muchacha:

—Querida mía: ¿parece que tenéis una pena muy grande?...

Ella permanece en silencio, en la sombra de la lámpara.

El se sienta junto á ella y le coge las manos:

—Decid, ¿qué tenéis?

La voz del caballero es tan dulce y buena que hace estremecerse á la muchacha con un hálito de amor. Largamente, como quien va á romper en sollozos, aspira el aire de un suspiro entrecortado. Se le llenan los ojos de lágrimas, le tiemblan las aletas de la nariz.

Cae por fin de rodillas en la alfombra y, llorosa, apoyando la mejilla húmeda y ardiente en las manos viejas y arrugadas que retiene entre sus dedos crispados, se confiesa.





VIII

LA mañana siguiente á aquella terrible velada, el señor de Astín llama á Almada á su habitación.

—Hija mía—le dice—sentaos en frente de mí... Toda la noche he estado pensando en vos. Necesito hablaros.

Lo dice con dulzura, con gravedad, extendido en una butaca, con el pie sobre un escabel, envuelto en un vestido de mujer chino que á veces gusta de ponerse para estar en su cuarto. Ambos brazos los apoya de plano en los brazos del sillón, encorvada cada mano sobre los dos remates de encina. El cuerpo

se inclina un poco hacia adelante. Los cabellos blancos, echados atrás, ondulan. Los ojos de vincapervinca clara miran fijamente al pavimento en donde tiembla el resplandor de la lumbre.

El señor de Astín prosigue:

—... He pensado en vos toda la noche...

Y, vacilante, vuelve á callar.

Fuera, una ráfaga de mayo, sopla. Un tierno resplandor verdoso se filtra por los cristales pequeños. Una cafetera ronronea delante de las brasas. Almaida, temerosa, intenta poner los ojos en los objetos que adornan aquella habitación en donde nunca había entrado. A la derecha hay un mapa marino, tostado como una concha vieja. Abajo se lee: *Océano Indico*. Aquí y allá, en las paredes ó sobre aparadores, se ven armas, trozos de cable, pájaros y mariposas disecados, huevos de avestruz. En el fondo hay dos cuadros grandes.

Uno de ellos representa una mujer morena, de aspecto enfermizo y lánguido. Tiene una mirada triste y larga. Con una mano sostiene un

chal, con la otra, juega con un colibrí. Y, acurrucada á sus pies, una esclavilla negra arregla en un canastillo corolas amarillas que parecen frutas, y frutas sonrosadas semejantes á corolas.

El otro cuadro representa una China elegante y de un gran encanto. Los cabellos levantados sobre la frente cónica, soportan oblicuamente alfileres y flores. Los ojos, de pequeñez extremada, sonrien, sensuales, de medio lado. Tomariase á las aletas de la nariz por dos pétalos de clavel. La boca, chica y redonda como una cereza, muestra obstinación en permanecer cerrada, voluntad acaso de no abrirse sino para el beso, delicadamente, como una bombonera de coral encima del marfil ovalado y carnoso de la barbilla. Está vestida con un traje verde del mismo matiz que el vestido del señor de Astín, y un cinturón lila, anudado atrás, sobresale por los costados como dos anchas alas de mariposa.

—... Toda la noche, y parte de la mañana—prosigue el señor de Astín—he pensado en vos, hija mía. Escuchadme.

He conocido muchos dolores... Los años me han dado experiencia. El hombre que ha sufrido y ha vivido mucho no se atreve á condenar, quizá porque él también ha de necesitar muy pronto la misericordia de Dios...

Querida mía, habéis amado porque teníais necesidad de amar. El sentimiento vuestro no fué vil. Habéis amado con amor natural, y no con ese amor que hoy se compra y se vende en un matrimonio interesado y que hace ¡ay! que la más divina aspiración se fabrique á voluntad en el corazón de una muchacha. ¡Aquella piedra filosofal, aquella transubstanciación tan buscada por los alquimistas, se ha encontrado, hija mía! La mayor parte de los padres, de las madres, cede sus hijas al rey Midas. ¿Creéis que Dios puede ver sin cólera tal simonía de las almas? No... La mujer ha nacido para el hombre y el hombre para ella. Todas las criaturas, todas las cosas, quieren entregarse por sí mismas, las unas á las otras. Contemplad el valle en primavera. La perdiz blanca busca á su compañera, la flor de

la hepática se inclina hácia la flor de la hepática, la aulaga no tiene aquel suave olor sino porque sus pistilos van á ser fecundados entonces.

... Hija mía, conozco el suplicio de los corazones solitarios, la sed de amar, el dolor que hincha de sollozos las almas abandonadas... Querida mía, no os sofoquéis así, calmáos. ¿Sóis amiga mía? Yo lo soy vuestro y no tengo más que ternura para vuestro caso. No es criminal la acción vuestra. ¡Pero malhaya una sociedad que condena casi siempre á una muchacha sin fortuna ó sin amistades á la soledad más horrible! No tenéis vos la culpa, Almaida, sino este mundo egoísta y harto de todos los vicios que rehusa á una pobre niña lo que permite á los animales, lo que facilita á los pájaros en sus jaulas. Todo mal nace de la hipocresía. Sería necesario que toda doncella, cuyo corazón se consume aislado, tuviera derecho á elegir aquél á quien quiere entregarse; y que tal derecho fuera absoluto; y que existiera aparte de convencionalismos, de contratos y de pa-

dres. Estaría bien que la obligada al celibato por un destino injusto, tuviera derecho de romperlo y de romper con cuantos la vituperaran por tal acción, escapándose así de su desprecio hipócrita; que les pudiera decir, el día que se sintiera á punto de ser madre: me voy á donde me parece, ya que me rehusáis un lugar en la perrera.

La voz del señor de Astin tiembla y se eleva. Así, en el tiempo de su juventud, daría á sus palabras ese tono de autoridad que saben tener todos los que dominan al dolor y á los peligros.

—No os conmováis así, querida niña—prosigue. Dadme la mano y tened confianza.

Y, volviéndose hacia el retrato de la criolla que decora el fondo de la habitación, se lo señala con un movimiento de cabeza á Almaida:

—Era la amiga de un amigo mío. Murió víctima de la vergüenza que suscitaron en ella esas preocupaciones hipócritas. Bebió láudano, y su muerte trágica trastornó para siempre los pensamientos del que la quería. Se llamaba Laura López.

Luego, señalando al retrato de la China:

—Se llamaba Li-Tsé. Era hija de un mandarín. El se oponía á su boda. Ella se entregó á mí. Yo no deseaba más que seguir amándola y querer al hijo que me prometía. Pero su padre sorprendió nuestras relaciones y, persuadido de que el trato con un cristiano la había deshonorado, la hizo devorar por las marrañas. Y así perdí yo la más amable querida y la flor de toda una primavera.

El señor de Astin, medita, la frente sobre una mano. Se oye el ruido del fuego y el del viento en el parque, el mismo viento quizá que soplabá antaño en el jardín de la China, en donde, entre la espesura de un macizo, el marqués joven sentía doblarse entre sus brazos á Li-Tsé, más flexible y dulce que una rama florida de membrillo.

Almaida se echa á los pies del anciano que pone una mano sobre ella en señal de bendición y dice:

—No os turbéis. Me conmuevo al pensar que mi pobre Li-Tsé no tuvo nunca la dicha que váis á tener: la

de ser madre. De vuestro hijo os sentiréis orgullosa, porque os lo envía Dios. Si vivo algunos meses aún, me hará recordar á aquél de que fui privado... Sí, Dios nos lo envía. Le acogeremos. La posición que le dejaré, porque no tengo herederos naturales, será hermosa. Y vuestra riqueza os evitará muchos enojos. Amiga mía, criaréis á ese niño, no en secreto ni negando su origen, cosa que sería fácil. Pero lo presentaréis á la vista del mundo, que hay que aprender á despreciar, declarando en voz alta: Este es el hijo ó la hija de la señorita Almaida de Etremont y de un pastorcillo del valle.

Almaida, siempre de rodillas, con la mano en la del caballero, siente que una ternura inmensa la invade. Levanta por fin la cabeza, y, encorvada, esparcidos los cabellos, mira con sus ojos ardientes, quemados por las lágrimas, á los del viejo más azules y puros que un celaje de abril. Rodea con sus brazos hermosos el cuello del señor de Astin y murmura:

—Amigo mío, qué bueno soís...



IX

El estío coronado de orégano y de campánulas azules, llegó y pasó.

Y, llegado el final de septiembre, el parque de la quinta de Astin se llenó de la aurora crepuscular que hace semejante á un vergel maduro el término del día. Todo se empurpura, todo se dora. Las enramadas oscuras y carmesíes, no desguarnecidas aún de sus hojas, se expanden pesadas por cima de los céspedes. Ningún viento agita las aguas herrumbrosas de los estanques. Y en los vahos violáceos de la alameda, un mármol desnudo, alguna Diana corredora, parece que tren-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1825 MONTEBRET, BERTH...

za, más alta que su frente, una guirnalda invisible.

Extendido en su *Chaise-longue*, al pie de la escalinata, echando, por divertirse, el bastón á su falderillo que se lo vuelve á traer, el señor marqués de Astín ve avanzar hácia él, desde el fondo de la alameda, á Almáida.

Se sienta junto á él, con su hijo en brazos, que pone los labios de anémona húmeda en los frutos blancos é hinchados que ella le tiende.

El señor de Astín contempla largamente á la madre y al hijo, y después:

—¡Qué hermosa tarde la de hoy, amiga mía! Este morir de la tarde es dulce y recogido. Ojalá que mi existencia termine así, que las nubes de la Muerte no velen mis ojos más que un instante para descubrirme en seguida el límpido azur de las Comarcas divinas... No os entristezcan, hija mía, estas palabras. Aún me dáis alegría... Pero no quisiera volver á empezar la existencia.

... Este es el último otoño, sin duda, en que me acuerdo de mí. Me extinguiré una tarde como aquel sol

que dora los bosques poéticos de estos ribazos. Entre sus brazos, de adolescente, encontré el amor de las pastoras como vos encontrasteis el de un pastor. Sólo, á los ojos del mundo, hay diferencia entre vuestra juventud y mi juventud pasada. Todo es lo mismo. Estos ribazos saltan como el océano, y guardan en la concavidad de sus valles, como el mar en el fondo de sus olas, las reliquias de muchas tempestades...

Ved: allá lejos, junto á aquel campanario blanco, descansan en paz Clara de Ellébeuse, que fué amiga vuestra, y Laura López, de quien os hablé al día siguiente de vuestra confesión. Las dos murieron de amor, aunque el egoísmo de los hombres pretenda que de eso no se muere.

La una era castidad, la otra pasión, cosas que son con frecuencia una misma. La una sucumbió de no sé qué pura locura, y la otra del terror de haberse entregado. En una palabra, parecían muertas del mismo mal, víctimas del orgullo hereditario.

A vos, hija mía, lo que os salvó,

fué el haberos visto privada de educación desde muy joven. Todo es lo mismo, os decía, y las criaturas también. ¿Qué diferencia puede haber entre las caperucitas encarnadas de nuestros montes, que no pueden resistir al amor más que los nogales á la subida de la savia, y la señorita Almaida de Etre mont? Estoy de vuelta de muchas hipocresías de las que el hombre más recto difícilmente se desembaraça. Y puedo emitir estas opiniones, tanto más cuanto que mis años me lo permiten y que, desde hace muchos, he sabido no profanar la hermosura, y que vivo en este estado de pureza, único que puede hacer digna á la ancianidad, acercándola á la adolescencia. Pero, niña, sonreíos: Yo sé que, si de joven, hubiese vivido cerca de vos, pastor ó marqués, y me hubiera sido imposible casarme con vos, hubiera intentado poseeros. Y que, si lo hubiese conseguido, me hubiera considerado como un villano si la idea de un desprecio cualquiera por vos hubiera cruzado por mi espíritu.

Sé también que todo triste corazón de muchacha, consagrado á la sole-

dad, lacerado constantemente por la visión de la alegría de sus amigas, henchido de la necesidad de entregar su amor, de abnegarse y sacrificarse, ha de sucumbir á la menor caricia que le afirme lo capaz que es de dar felicidad. ¿Y qué mujer dichosa, que hubiera mordido el fruto de un rico vergel, se atrevería á vituperar á Almaida, que, en la hondura de los barrancos, cogió un pobre madroño?

El señor de Astín se calla. Coge en su mano la mano libre de Almaida que, pensativa, sigue inclinando hácia su hijo el seno de vincapervinca pálida de donde fluye el rocío blanco de la vida:

—Siento que habláis según Dios. ¿Pero quién puede hablar como vos habláis?

Levanta la cabeza, en espera de la contestación que no llega.

El señor marqués de Astín se ha dormido en la Paz eterna.

